

Eres un buen momento para morirme

Raquel Lanceros

El joven poeta Félix Francisco Casanova, muerto prematuramente con diecinueve años (Santa Cruz de la Palma, 1956 – Santa Cruz de Tenerife, 1976), ha sido apodado por los críticos como el Rimbaud canario. Su muerte en circunstancias trágicas, a causa de un escape de gas, truncó una prometedora y precoz carrera poética que ya había comenzado a dar sus primeros e importantes frutos. Félix Francisco había ganado con diecisiete años, en 1973, el principal premio de poesía de Canarias, el Julio Tovar con su libro *El invernadero*. Un mes antes de su muerte ganó, con el poemario *Una maleta llena de hojas*, el concurso organizado por el Diario *La Tarde*. También es autor del diario *Yo hubiera o hubiese amado* y de la novela *El don de Vorace*, galardonada en 1974 con el premio Pérez Armas. En 1990, la editorial Hiperión reunió los poemas de Casanova en el volumen *La memoria olvidada*. Veinte años después, la editorial Demipage recoge en esta *Antología poética: Cuarenta contra el agua, cuarenta + uno de sus mejores poemas*, seleccionados por el poeta Francisco Javier Irazoki.

Félix Francisco Casanova constituye una suerte de ejemplar único en la poesía española, la original potencia de su mirada al mundo ha llevado por ejemplo a Vicente Molina Foix a emparentarlo con otro malogrado y genial poeta del «pop», el cantante británico Nick Drake. Hijo de un tiempo en que la sociedad española comenzaba a desperezarse de un largo letargo y a absorber

Félix Francisco Casanova: *Antología poética: Cuarenta contra el agua*. Editorial Demipage, Madrid, 2010.

las influencias culturales de su entorno en literatura, música, cine, artes plásticas, Félix Francisco había fundado un grupo de rock, y era un destacado activista cultural, fundador de un movimiento literario llamado *Equipo Hovno*. Su poesía posee la inquietante facultad de mirar a la vida de frente, sin ambages ni falsas corazas. Casanova es dueño de un lenguaje directo, cristalino, que revela un alma desgarradoramente sensitiva y con una capacidad de percibir los matices vitales nada común: «Esta noche deseo ser / absolutamente sensible, / abandonarme en la estela de huellas / que bajan al mar / y formar orilla. / (...) / Quiero ser sauce / bajo lo poderosamente negro, / o final de río / para seguir siendo agua, / palpitación inextinguible». Su forma de sentir es turbadora de puro honesta, de puro corazón abierto al viento de la vida, de pura intensidad que describe con febril lirismo la multiplicidad de sensaciones del alma y de la piel: «Si nos destrozamos en una pesadilla / que no tenga pies ni cabeza / y el corazón rebotando sobre las piedras / me obligas a llorar por ti, / a recoger las vísceras que dejas por el camino, / es entonces cuando me echo a dormir, / a tomarte en algún sueño». Como los héroes clásicos, el inmenso poeta que anida en las entrañas de Félix Francisco se sabe un ser doliente, y su propia fragilidad revelada le ayuda a construir el edificio de su libertad. Su esencia de hombre vulnerable lo conecta con el exterior de forma intensa, auténtica, con la humilde osadía de quien ha decidido aventurarse en el difícil arte de vivir a tumba abierta: «Extraño es el arte / de sufrir: se cultiva / en selvas y ciudades, / el semen negro y espeso / de una cicatriz de nieve. / (...) / Los barcos cargan toneladas de cigarrillos / y las arañas se encienden en los hoteles. / Nadie se está quieto. / Es un asunto muy contagioso / éste de la muerte». Siendo como somos conocedores de su propio final trágico y prematuro, no puede dejar de inquietarnos la naturalidad con la que el poeta se adentra en el concepto de la muerte. La saborea, la mira directamente a los ojos y la toma de la mano como a una amiga, una suerte de liberación del inevitable sufrimiento que provoca el estar vivo. Así, en su sobrecogedor «Poema desde París», dividido en cuatro partes, Félix Francisco nos da estremecedora cuenta de su propio rugido interior, incesante y doloroso, inevitable puesto que es la herencia de esa interminable cadena de conciencia que es la vida: Parte 1:

«El pensamiento / es un dolor hereditario. / Y es ridículo sufrir por nada. / (...) / Pero ya sólo quedan / tus pensamientos enredados / y esa extraña presencia / de placer y de horror / que te rueda dentro del cuerpo». Parte 2: «Con la memoria olvidada / paseo lentamente / en un puente sobre el Sena. / (...) / Y ese extraño individuo / que tengo dentro de mí / es tan sólo / un pasajero más.// Parte 4: /No quiero estar en un hospital, / no quiero estar en un cementerio, / no quiero estar en un hogar, / no quiero estar en la calle. / En la gran matriz del mundo / no hay sitio para mí».

La poesía de Casanova rezuma imaginación, afán de libertad, sensualidad. El poeta siente su cuerpo como un gran templo sensitivo que le permite comunicarse con el mundo: «Sé que soy una fuente de placer / mientras el viento agita mi pelo castaño, / por eso espero tranquilo / que alguien acuda a beber / con su fresca boca roja». Juventud ardiente, eterna, ansia de explorar los recovecos de la vida a golpe de sentimiento y concupiscencia. Félix Francisco es un poeta vital, que siente a través de sus poros el torrente imparable de la existencia, cuyo sentido cósmico penetra en sus sentidos tanto a través de la reflexión intelectual como del goce carnal: «Un adolescente aburrido / es, ciertamente, un paisaje / muy triste, / y aún más / sabiendo que hay mujeres / que duermen con la boca abierta / y docenas de parejas / que se hacen el amor / en chino, francés, árabe / o en el idioma / de los delfines. / (...) / Y es que la inteligencia / es erótica / y el arte perfecto / el orgasmo». La sensualidad de la poesía de Casanova es espontánea, genuina, sin adular por ningún prejuicio educacional o social. Sorprende en él el poder de su mirada limpia, dulcemente hiriente, excepcionalmente verdadera: «Los sueños son / circunferencias perfectas: / estás dentro / o fuera. / Como el sexo de mujer: / imposible merodearlo / sin hundirse en él». Es Casanova un poeta en cuya palabra palpita el eco de todas las generaciones pasadas. A pesar de su joven edad, conoce ya la revelación de la vida individual como eslabón de una incesante cadena de la que todos somos herederos y transmisores: «Yo soy mi propio abuelo / viendo mi infancia jugar, / y la noche es un polvo de amor negro / que estalla en mi boca». Poeta fecundo, intuitivo, occurrente, sutil, hondo, desgarrado, desbordante de invención, llevaba el aire de la auténtica literatura en lo más profundo de sus pul-

mones aún casi adolescentes. Impresiona de manera muy profunda leer el último poema que escribió, justo un mes antes de su propia muerte. Intensos versos de amor dedicados a una mujer llamada María José, cuyo título es ya de por sí tan esclarecedor como hermoso: *Eres un buen momento para morirme*. «Debes saber que a veces / soy como un entierro interminable / siempre triste y azul / subiendo y bajando / por la misma calle. / (...) / Quiero arrollarte, enrollarte y arrullarte, / montaña de aguardiente / y tarde rojiza. / Eres un buen momento para morirme». Premonitorio o no, de lo que no cabe duda es que la poesía de este joven canario no puede dejar indiferente a ningún lector. El escalofrío de la existencia entera nos recorre enteros cuando nos adentramos en su universo, como a buen seguro recorría su cuerpo y su alma cuando escribió estos poemas tan transidos de franqueza, de destello, de sensibilidad natural y brillante ©